**Fuimos descubriendo nuevas formas de acolitado.**

Luis Van de Velde - Comunidades Eclesiales de Base.

*“Se recrudecía la represión*”, escribe Padre Pedro en su libro “La fe de un pueblo”. “*Así, tan cerca de la muerte,* ***fuimos descubriendo una nueva forma de acolitado****: acompañar. Acompañar a todos en este viacrucis de dolor, ayudando a superar el miedo*”. Surgieron cursos de enfermería y primeros auxilios. Se aprendió a inyectar. En las casas de las CEBs había *“hospitales ambulantes*”. Se alistaron mochilas-botiquines para atender heridos.  *“Otra forma de acolitado fue la atención a los refugiados que huían de los operativos criminales. Mujeres y niños buscaban la ayuda de la Iglesia. Esta abrió sus puertas y comenzó a organizar la ayuda de emergencia”.* Recuerdo otra forma de acolitado que he vivido: acompañar a familias en la búsqueda de parientes “desaparecidos”. Fuimos a las morgues, a las funerarias, a los basureros, a las orillas de ríos… encontrándonos con cadáveres de personas torturadas y muchas veces no encontramos a la persona que estábamos buscando. Otra renovación del acolitado tenía que ver con “l*os acólitos que animaban a nuestro pueblo recordándoles que el sufrimiento de ahora sería redención mañana.”* Hemos celebrado eucaristía, “misa de cuerpo presente” de asesinados y hemos acompañado a las familias en el entierro para poder decir una palabra de consuelo y esperanza. En aquel entonces el acolitado era tremendamente peligroso. “*Muchos cayeron por curar las heridas del pueblo, en la trinchera del servicio desinteresado, siguiendo a Jesús, varón de dolores.”*

Las nuevas necesidades del pueblo suscitaron en las comunidades nuevas iniciativas para servir. Las nuevas realidades se imponían. Las urgencias y emergencias en el sufrimiento del pueblo generaron nuevas responsabilidades en las comunidades. Todo esto provocó un cambio en las actividades de las CEBs: de lo intraeclesial hacia los extraeclesial en las heridas del pueblo. Esto es lo que Carlos Mesters (en su libro: Una Iglesia que nace del Pueblo) llama *“ad -extra”, servicios que aparecen para que el Reino de Dios produzca sus frutos en la sociedad humana, y que exigen un compromiso concreto.”*  En el contexto de El Salvador eran exactamente la cruz, las heridas, el dolor, la soledad del pueblo que convocaban a nuevas tareas, nuevos ministerios.

Es importante recordarlo para descubrir mejor nuestra misión hoy en el espejo del pasado. Hoy las necesidades, las cruces y heridas de nuestro pueblo son diferentes, pero ahí está el sufrimiento. Venimos de tiempos con más de 20 asesinatos diarios y aunque ahora, bajo la presión de nuevas represiones, el número es (¿temporalmente?) menor. Esto significa que diariamente hay una enorme cantidad de familias que lloran la muerte de su hijo/a. No siempre se visualiza ese dolor, porque hay miedo. Después de los Acuerdos de Paz tenemos a miles de familias nuevas viviendo el duelo y ¿dónde podrán encontrar consuelo y apoyo? Luego están los presos y sus familiares. Claro se trata de “delincuentes” y llevan grandes responsabilidades y culpas. Si con 40 mil presos las cárceles ya estaban re-llenas, con los más de 6000 nuevas capturas en casi dos meses, aún están peor. Las imágenes que vemos sobre los traslados de reos demuestran la arrogancia de los hombres armados y la humillación de los presos. Están sus familias tratando de saber de ellos o de darles algo más de comer. Solo menciono el dolor y la desesperación de miles de familias. Por supuesto también las familias de los policías y soldados, de trabajadores/as, mujeres, … asesinados. Están las víctimas de asaltos en los buses, en las calles. Están los cobros de la renta que destruyen cualquier iniciativa para sobrevivir. Esta violencia provoca migración interna y miles tratan de salir del país, sobre todo, sin papeles, con todos los riesgos en el camino y la inseguridad en el país de llegada.

Podemos seguir mencionando muchísimas más cruces que nuestro pueblo debe cargar. Aquí mencioné algunas para que nos preguntemos si desde la Iglesia, desde las CEBs, no debemos buscar y asumir nuevos ministerios de diaconía y profecía. En la defensa de los derechos humanos, en la defensa de los migrantes, en el acompañamiento de duelo y soledad, en dar esperanza ante las amenazas constantes,…. También en aquel tiempo, como lo escribe P. Pedro, era peligroso ser “acólito”, o “diácono”. ¿Y hoy ante el peligro nos quedamos paralizados? En la iglesia no tenemos soluciones mágicas, pero tenemos la sagrada obligación de estar cerca de la cruz, de bajar a los crucificados de la cruz, a acompañar para ser consuelo y esperanza, a pesar de la muerte. Creo que nos quedamos muy cortos. Recordemos a Jesús cuando dijo: yo estaba enfermo (solo, abandonada, en duelo,..), yo estaba en la cárcel, yo era forastero (migrante) y … no llegaron a ver me…. “**Así tan cerca de la muerte**”… ¿sería que hoy no somos capaces de seguir a Jesús? (26 de julio de 2019)